ARTE BIZANTINO

En el Imperio Bizantino cabe distinguir tres períodos o **Edades de Oro** bien definidas. La primera tiene lugar durante los siglos VI y VII y en ella sobresale la época del emperador Justiniano (527 - 565) caracterizada por un destacado auge cultural. El siguiente período comienza en la segunda mitad del siglo IX, después de superada la crisis iconoclasta (726 - 843) y finaliza con la toma de Constantinopla por los cruzados venecianos en el año 1204, que fundarán el denominado Imperio Latino (1204 - 1261) Esta Segunda Edad de Oro se configura como la auténtica definidora del arte bizantino. Las luchas religiosas, que marcaron la trayectoria del Imperio Bizantino, también tuvieron especial incidencia en esta época en la que se producirá el Cisma de Oriente (año 1054), por el que la Iglesia de Bizancio, que tomará el nombre de ortodoxa, se separa de la Iglesia de Roma (católica) Tras el dominio latino, que finaliza en 1261 con el triunfo de Miguel VIII Paleólogo, comienza la tercera y última época que se centra en el siglo XIV y concluye con la toma de Constantinopla por los turcos en el año 1453.

Arquitectura. La época de Justiniano

El arte bizantino creó una arquitectura propia y original que marcó diferencias con la tradición constructiva romana. Sus aportaciones más destacadas se materializan en solucionar problemas técnicos como el que presentaba la utilización de cubiertas abovedadas, en plantear una nueva concepción del espacio y en el uso de materiales constructivos (piedra y ladrillo) que, al margen de su mayor o menor calidad, se revestían de mármoles y mosaicos. Sin embargo, aunque el lujo ornamental se generaliza por doquier, los edificios bizantinos presentan, al contrario que los del clasicismo greco-latino, mayor sobriedad en el exterior, mientras que sus interiores destacan por la deslumbrante riqueza decorativa. El sostenimiento de las cúpulas se resolvió con el empleo de pechinas (triángulos esféricos o curvilíneos) contrarrestando los empujes de las cubiertas con contrafuertes, con otras bóvedas de medio cañón, medias cúpulas o muros más gruesos. Por otro lado, frente al espacio estético del clasicismo romano aparece una concepción bizantina más dinámica y abierta.

En Bizancio el poder imperial se desarrollaría sin limitaciones y de forma centralizada, de ahí que el arte en general y la arquitectura en particular se convirtiera en medio de expresión del esplendor y de la exaltación de ese poder que se materializó en la construcción de ostentosos palacios y de magníficas iglesias, reflejo estas últimas del reconocimiento por parte de la Iglesia de la autoridad del emperador o basileus (rey de reyes), revestida de carácter sagrado y que intervenía con frecuencia en asuntos religiosos (cesaropapismo)

La arquitectura bizantina alcanzó, como ya se ha dicho, su **Primera Edad de Oro** en la época de Justiniano, bajo cuyo reinado se erigieron las más grandiosas construcciones: fortificaciones, acueductos y cisternas, puentes y numerosos templos. Es en esta época cuando la planta centralizada y la cubierta de cúpulas o abovedada se convierten en los elementos más representativos de la arquitectura bizantina y en símbolos del poder político y religioso. El reinado de Justiniano, pues, propicia el arranque y la configuración técnica y estilística del

arte bizantino, especialmente de la arquitectura y su difusión por el Mediterráneo, los Balcanes y Asia Menor. La expansión mediterránea llevada a cabo por Justiniano hizo posible en Italia la grandeza de Rávena, donde se levantará un conjunto monumental de gran belleza.

La **basílica de Santa Sofía de Constantinopla** se presenta como la obra cumbre y el ejemplo más singular de la arquitectura bizantina y en cuya construcción, junto al palacio imperial, puso Justiniano su máximo interés concibiéndola como su basílica particular. La edificación de este templo se llevará a cabo en la década de los treinta del siglo VI (532 - 537) siendo reconstruida como consecuencia de los daños causados por los terremotos de los años 553 y 557. El emperador impuso la Sabiduría Divina como advocación de esta grandiosa basílica, levantada sobre el solar que había ocupado una primera iglesia de este mismo título, edificada dos veces, al ser destruida e incendiada, en la segunda mitad del siglo IV y en las primeras décadas del siglo V. Su última destrucción, acaecida violentamente en el año 532, fue la que dio pie al emperador Justiniano para erigir el nuevo templo.

Los arquitectos de esta gran obra fueron Antemio de Tralles e Isidoro de Mileto. El primero de ellos, matemático, sería el autor del proyecto y el segundo, en su calidad de ingeniero, se encargaría de hacerlo realidad. Ambos partieron de la herencia técnica y constructiva de la antigüedad clásica, de ahí que el estudio y diseño de la planta se conciba como una fusión del modelo basilical occidental y el modelo centralizado oriental que dio como resultado una planta de cruz griega, que a su vez engloba y configura una planta de tres naves coronada por tribunas. La gran cúpula central, de 31 m de diámetro y 55 m de altura, se sostiene sobre dos medias cúpulas de gran tamaño y éstas últimas a su vez descansan sobre otras dos más pequeñas situadas en los ángulos. Esta multiplicación de cúpulas crea, como en este caso, un novedoso sistema de soportes encadenados que se reparten el peso de la gran cúpula central y supone un rasgo definitorio de la arquitectura bizantina.

Las naves laterales, divididas en dos pisos, se cubren de bóvedas de arista y se separan de la nave central por arquerías de medio punto que se asientan sobre columnas y pilares. La diafanidad del espacio interior, fruto de la concepción de la luz como un elemento integrador y a la que contribuyen los abundantes vanos que se abren en los muros por encima de las tribunas y en los nichos de las cúpulas, gira en torno a la espectacular cúpula central cuyo sistema de soportes, que le hace dar la sensación de estar suspendida en el aire, facilita también la presencia de numerosas ventanas en su base. La riqueza decorativa a base de mármoles policromos y de artísticos mosaicos aumenta la grandiosidad del edificio que, pese a la enormidad de sus dimensiones, ofrece en su exterior una disposición equilibrada y ágil de las formas constructivas como consecuencia de un acertado juego de volúmenes.

En 1453, con la caída de Constantinopla (la actual Estambul) en manos de los turcos, la basílica de Santa Sofía quedó convertida en mezquita, añadiéndosele nuevos elementos como los minaretes exteriores, sufriendo su decoración interior intervenciones desacertadas que disminuyeron el esplendor original.

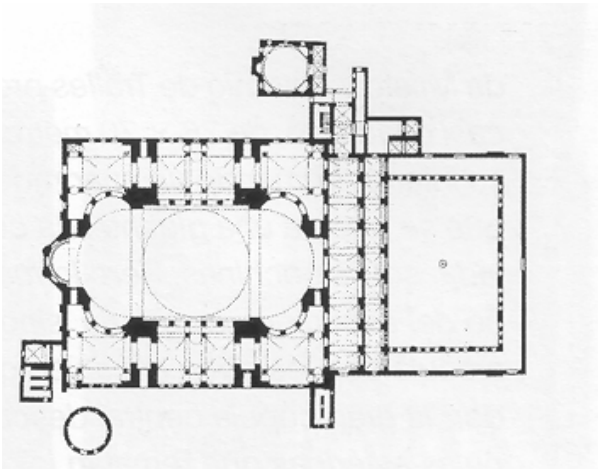
La época de Justiniano tuvo también su esplendor artístico fuera de Constantinopla. El ejemplo arquitectónico más claro al respecto lo ofrece la iglesia italiana de **San Vital de Rávena**, inspirada en la de los Santos Sergio y Baco de Constantinopla, mandada a construir por Justiniano al mismo tiempo que la de Santa Sofía. El templo italiano fue levantado entre el año 538 y el año 547, costeado por el banquero Juliano Argentario. Presenta una planta centralizada de forma octogonal cuyos elementos se disponen en torno a una gran cúpula central. Esta cúpula descansa sobre los pilares de ocho capillas semicirculares de dos pisos de columnas y genera la característica sensación de ingravidez sobre el espacio interior al tiempo que focaliza la iluminación en torno a ella. A su alrededor se abre un amplio deambulatorio cubierto con una complicada bóveda de arista. El nartex o pórtico exterior sobresale transversalmente a los pies del templo, marcando un eje longitudinal que contrasta con el sentido centralizado de la planta. La existencia de bóvedas de arista y de cascaron contribuyen a dar dinamismo a las formas constructivas del edificio. La ornamentación interior es de gran belleza y trabajada con profusión de labor de trépano (pequeño cincel) sobre mármol. Muchos de los elementos decorativos están tomados de Constantinopla. El conjunto de mosaicos que adorna esta iglesia destaca entre los principales del arte bizantino. El exterior del templo presenta una estructura armoniosa con paredes de ladrillo rojo que dan al edificio sobriedad. Sobre estas paredes se abren grandes ventanas separadas por pilastras adosadas. La gran importancia de este templo radica en la influencia que ejercerá sobre la arquitectura medieval de Europa occidental.

En la **Segunda Edad de Oro**, sentadas ya las bases de la arquitectura bizantina, el modelo de iglesia que predominará será el de planta de cruz griega con cúpulas que se realzan a base de alto tambor. El prototipo vino dado por la desaparecida iglesia de Nea, construida en Constantinopla en el último cuarto del siglo IX por Basilio I. En este período la influencia bizantina también se deja sentir en Italia y ejemplo de ello es la iglesia de San Marcos de Venecia. Otro rasgo característico de la arquitectura de este tiempo es la tendencia hacia la verticalidad.

Con la **Tercera Edad de Oro** el arte bizantino se extenderá por Grecia y Creta y dado que no se producirán importantes innovaciones, los modelos ya creados se repetirán constantemente. La ciudad de Mistra, en el Peloponeso, se constituirá en el ejemplo más destacado de esta época, donde también hacen su aparición las cúpulas bulbosas de las iglesias rusas. De las pocas novedades que se producen cabe destacar el aumento de decoración en los exteriores.

PRÁCTICA DE ARQUITECTURA BIZANTINA

Planta de la basílica de Santa Sofía de Constantinopla



a) Clasificación : Obra cumbre de la arquitectura bizantina (532-537), perteneciente a la época del emperador Justiniano. Primera Edad de Oro del arte bizantino. Planta que dibuja una estructura basilical con las naves rematadas por tribunas y una fachada (oeste) precedida por un atrio.

b) Introducción histórica

c) Introducción sobre arquitectura bizantina

d) Comentario artístico (ver texto)

ARTES PLÁSTICAS

Los problemas religiosos condicionaron y conmocionaron a la compleja sociedad bizantina. El movimiento iconoclasta (726 - 843), que se opuso al culto de las imagenes religiosas por considerarlo idolatría, tuvo una gran incidencia en la producción artística al impedir la realización de nuevas obras de arte e incluso destruir muchas de las existentes.

El **icono bizantino** por excelencia terminó siendo la representación de imágenes sagradas sobre tabla, aunque en principio llegó a abarcar a las realizadas en todo tipo de materiales (marfiles, mosaicos, tallas o pinturas)

En un primer momento las artes figurativas bizantinas enlazan con las paleocristianas. De todas ellas la pintura tendrá una mayor importancia, sobre todo a través de la decoración mural, de los iconos y de la miniatura, esta última cobrará especial relieve durante el reinado de Justiniano, con talleres especializados en la ilustración de libros (profusas decoraciones marginales en las obras más populares o representaciones a toda página en las más aristocráticas) En cualquier caso, la pintura bizantina, tanto al fresco como al temple sobre tabla, adquiere tempranamente unos rasgos característicos, extrapolables también al mosaico, como la rigidez, el hieratismo y la frontalidad así como una anatomía muy esquematizada. Con todo, es a mediados del siglo IX, superada ya la crisis iconoclasta, cuando se consolida la estética bizantina y su iconografía, estilizándose las figuras que forman ahora conjuntos e imponiéndose, por imperativo de los esquemas teológicos vigentes, una localización jerárquica, en función de la categoría del personaje representado que también condicionará el tamaño de las figuras. De esta manera Cristo **Pantócrator** (Cristo Padre , Majestad o Todopoderoso) ocupará siempre las zonas superiores, apareciendo la figura de la Virgen, siempre con el Niño en sus manos, en un espacio próximo. La ubicación más terrenal se destinará a las efigies de los santos.

En cuanto al mosaico hay que señalar que, a diferencia del mosaico romano que decoró principalmente pavimentos, el bizantino, heredero del mosaico paleocristiano, se destinará a recubrir muros y bóvedas con gran suntuosidad y colorido . Su riqueza refleja, en gran medida, el poder de los emperadores. Su solución plástica posee las mismas características que la de la pintura, destacando aquí su luminosidad. Su impactante cromatismo se lograba con el empleo de teselas de colores bien de mármol o bien de barro cocido con pasta vítrea. En la ejecución de los mosaicos bizantinos se solían combinar dos técnicas : **opus tesselattum** y **opus vermiculatum**. La primera, empleada en el relleno de las figuras, consistía en el uso de teselas cúbicas iguales aunque de distintos tonos, mientras que la segunda se utilizaba para contornear ya que las teselas se elaboraban con una forma precisa y determinada. Sin lugar a dudas, los **mosaicos del presbiterio de San Vital de Rávena**, obra de artistas de Constantinopla, constituyen uno de los ejemplos más valiosos de este tipo de manifestación plástica.

En la Tercera Edad de Oro se enriquece la temática de la iconografía tradicional, cuya interpretación adquiere ahora, por influencia italiana, mayor libertad. Durante esta época, la pintura viene a sustituir al mosaico, cobrando importancia la labor desarrollada por los talleres rusos, griegos, rumanos yugoslavos y búlgaros. El icono, es decir la pintura sobre tabla, llega a su apogeo con la estilización de formas y colores y el uso de láminas de plata y oro que sólo dejan al descubierto el rostro y las manos de los personajes sagrados representados, generalizándose los estereotipos de la Virgen Madre, Cristo Padre (Pantócrator) o Crucificado así como numerosas advocaciones de santos.

Los relieves de los sarcófagos y los trabajados en materiales como el marfil son de las primeras y pocas muestras de la escultura bizantina, una manifestación bastante escasa y sobre la que el movimiento iconoclasta dejaría su huella. En este sentido cabe señalar la práctica inexistencia de escultura de bulto redondo pues los pocos ejemplos que hay participan, en buena medida, de las características de los trabajos en relieve con imágenes algo planas.

PRÁCTICA DE MOSAICO BIZANTINO

Mosaico de Justiniano y su séquito. Iglesia de San Vital de Rávena (Italia)

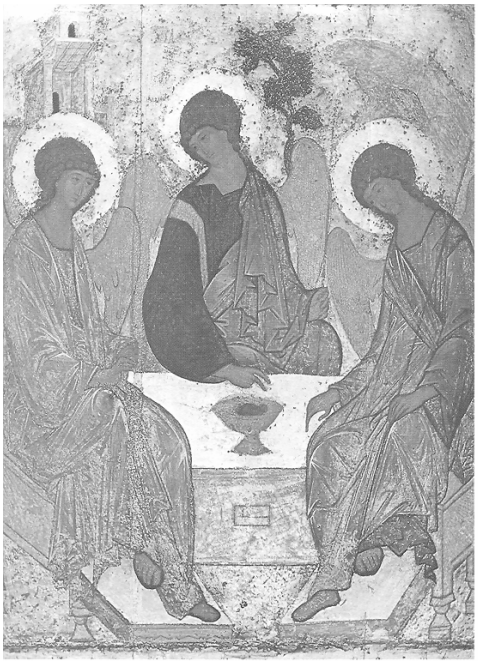
a) Clasificación : Mosaico de la época del emperador Justiniano (s. VI d. C.) Primera Edad de Oro del arte bizantino. Forma parte de la decoración de la capilla mayor de la iglesia italiana de San Vital de Rávena.
b) Introducción histórica
c) Introducción sobre el mosaico bizantino
d) Comentario artístico :

El mosaico, ejemplo del carácter sagrado con el que se revestía la autoridad imperial, representa a Justiniano portando las ofrendas para la consagración del templo. El emperador aparece acompañado de su séquito y de él forman parte, entre otros, Maximiano, arzobispo de Rávena y Juliano Argentario, impulsor material de la construcción de la iglesia.

Técnicamente esta obra ofrece un cuidadoso trabajo de las teselas, supeditado a las características del dibujo y a la obtención de reflejos lumínicos. La idealización de las figuras, en cuyos rostros destaca la mirada penetrante, se materializa a través de la firmeza y el hieratismo de las mismas así como de su isocefalia y frontalidad. La profundidad no existe y se evidencia el horror al vacío con la representación de un grupo compacto en el que sobresale la figura del emperador como símbolo de suprema autoridad. La riqueza plástica del mosaico en su conjunto genera una sensación de suntuosidad y contribuye a darle al mismo una marcada solemnidad.

PRÁCTICA DE PINTURA BIZANTINA

Icono de la Trinidad de Andrea Rubliov



a) Clasificación: Icono de la segunda mitad del siglo XIV o primera mitad del siglo XV, obra de Andrea Rubliov y catalogado como la máxima expresión de la pintura bizantina de la escuela rusa.
b) Introducción histórica
c) Introducción sobre la pintura bizantina
d) Comentario artístico:

La obra, donde el color y el dibujo se armonizan, representa la visión bíblica en la que tres ángeles, que representan a Cristo (figura central), a Dios Padre (izquierda) y al Espíritu Santo (derecha), se aparecen a Abraham y le manifiestan el misterio de la Trinidad. Este tema pone de manifiesto el enriquecimiento de la iconografía tradicional, basada hasta ahora en las figuras de Cristo, la Virgen y los santos.

En este icono las líneas se abren conforme se apartan de la vista del espectador, configurando así la característica perspectiva bizantina. La expresividad de las figuras, estilizadas y elegantes, conecta con la simbolización idealista propia de un arte esencialmente religioso. Un aire melancólico envuelve a las tres figuras divinas, desprendiendo la representación una intensa espiritualidad.